

La resolución, meditada serenamente, de darle carácter permanente a esta publicación, puede ser calificada por algunos como de enorme audacia. Hay quienes consideran este medio como impropio para que el que engendre una idea la escriba; hay otros que piensan que la lectura no es una de nuestras más salientes características. Si no hay quien escriba y mucho menos quien lea, piensan ellos, la vida de una revista científica es una ilusión.

Este concepto pesimista de nuestro ambiente hay que rectificarlo. Los anhelos de ciencia que hoy preocupan a nuestros médicos los han empujado a asomarse a la ventana de la realidad. Desde allí han contemplado el panorama científico universal inundado de publicaciones encargadas de transmitir la idea y de sembrar la inquietud espiritual. Allí han podido comprender el papel que desempeña el escrito en este movimiento incesante; allí han palpado la necesidad imperiosa de asimilar por la lectura, la contribución de los demás al levantamiento del edificio de la Ciencia.

Por otra parte, es necesario aceptar que es valioso el contingente de nuestros hombres en el estudio de la vida y en el estudio de las causas que nos pueden llevar a la muerte. Hay allí mucho de original, que bien vale la pena que se conozca. Basta recordar las enseñanzas de algunos de nuestros Maestros para hacernos comprender la obligación en que estamos de hacer partícipes de esas ideas a los otros que, afañosos, tratan de acercarse a la verdad.

La resolución que hemos tomado tiene también otro fundamento. Con la publicación de nuestro primer número ha surgido entre nuestros compañeros un palpable deseo de demostrar que somos una fuerza. Ella es capaz, como lo ha hecho hasta ahora, de manera silenciosa, de imprimir un rumbo y de marcar una orientación. De ahora en adelante, la REVISTA DE LA FACULTAD DE MEDICINA difundirá nuestros anhelos y demostrará cuánto vale en el campo nacional la labor a que estamos dedicados.